

vista de un país que cree haber vencido a todos los países opuestos a la causa de la cristiandad y, en consecuencia, no puede sino juzgar muy duramente -y aplicar el consiguiente castigo- a quienes, en el pasado, pusieron en peligro su subsistencia. El Bernardo es casi un auto de fe. Y, como todos los autos de fe, se basa en deformaciones de los hechos y en juicios apasionados. Balbuena, para que sean los españoles quienes vencen a los franceses, prescinde de los moros de Roncesvalles, pero no para oponerles a los vascos de la historia, sino al ejército leonés. Según nuestro poema, las dos huestes se enfrentan abiertamente, sin traición previa ni emboscada. Al frente de los franceses van Carlomagno y sus barones; al frente de los españoles, el rey Alfonso de León y Bernardo del Carpio. La batalla es larga y terrible. Bernardo y Roldán matan a muchos enemigos y, cuando los franceses huyen de los españoles y el señor del Carpio incita a los últimos a perseguir y exterminar a los primeros, ve venir a Roldán en su caballo. Cozoso, el héroe leonés inicia con él un feroz combate, lleno de alternativas, en el que es gravemente herido, pero al final, el vencedor es Bernardo. Veamos cómo termina el poema; Bernardo se dirige a Roldán y le dice:

"Muere ahora, cruel, muere, homicida,  
Que aquí todo se paga con la vida."

Dijo, y alzando el brazo vengativo,  
Al dar sobre él la fiera arma encantada,  
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,  
Su heroica frente y la enemiga espada;  
Cayó muerto Roldán, quedando vivo  
Su eterno nombre, su alma arrebatada  
Feroz voló a su esfera, y su gallardo  
Cuerpo a los pies cayó del gran Bernardo.

Se diría que la leyenda de Roldán ha muerto a manos del imaginativo clérigo manchego. ¿Va a levantarla alguien en el futuro? Ya en el siglo XVII, la guerra había perdido su halo caballeresco, como muy bien muestra y demuestra el Quijote, que precedió en unos años, si no a la redacción, sí a la publicación de El Bernardo, y era muy difícil que así sucediera. Además, la pedantería de la época, alimentada por otras anteriores, había hecho caer en el descrédito a la maravillosa Edad Media. No, nadie se acordaría de Roldán, del duque Hruodlandus metamorfoseado una y otra vez. Nadie quiso vengar al Roldán de Balbuena. Pasaron, pues, más de dos siglos y un gran poeta francés, Victor Hugo, se acordó, en un extraordinario libro, en el que también glorifica al Cid Campeador, del paladín de Carlomagno. Me refiero a La légende des siècles, uno de cuyos más bellos poemas cuenta el encarnizado combate sostenido entre Roldán y Oliveros. El poema se titula "Le mariage de Roland" y consta de 144 alejandrinos.

